

En la última planta del edificio más alto del país, que se erigía sobre su montaña más elevada rozando las nubes, vivían los tocadores del cielo. Eran los tiempos en los que el azul aún escuchaba a esos hombres y conversaba con ellos a su manera.

No eran una casta sacerdotal, ellos no elegían ser lo que eran ni nadie los empujaba. Simplemente, aquellos que tenían facilidad para interpretar el humor de la bóveda cambiante que les cubría pasaban sin remedio a formar parte de los elegidos. Cuando las lluvias ahogaban los sembrados y transformaban los ríos en furias que, como látigos de agua, arrasaban todo a su paso, los tocadores cantaban tonadas alegres para aliviar la pena y el dolor del cielo, y con largos palos acariciaban el vientre gris de las nubes hasta que dejaba de llorar. Y cuando la sequía mordía y hacía morir de sed a las bestias y a los hombres, eran también ellos los que le contaban historias tristes hasta que se rompía en un mar de lágrimas, o los que establecían el sacrificio necesario en vidas para enternecerlo.

Todos eran adultos o ancianos, gente que a fuerza de vivir a la intemperie se habían acostumbrado a leer en ella. Todos lo fueron, menos Nimia.

Nimia apenas tenía diecisiete años, pero la habían llamado al edificio por su innegable capacidad para descifrar los caprichos del

cielo. Sentada en la azotea con el cabello al viento, le hablaba sin cesar aunque nadie se lo pidiera. Levantaba sus delgados brazos blanquísimos hacia él y le contaba historias divertidas que le hacían sonreír y provocaban la aparición de triples arcoíris sobre el valle. O tumbada boca arriba le cantaba con su voz aniñada durante horas: entonces la temperatura se templaba y el trigo macollaba, una humedad vivificante hinchaba los frutos en los árboles y los animales se reproducían con prodigalidad bíblica. Cuando, antes de bajar a acostarse, al atardecer, acariciaba las nubes con su largo palo, su impulso arrastraba la noche hasta el horizonte con los colores más espectaculares que se habían visto. Y un día que se enfadó con él y le increpó, los rayos rodearon la torre como una alambrada fulgurante y los truenos ensordecieron los ruegos de sus compañeros, que suplicaban a la terca muchacha, que permanecía sentada ceñuda y empapada bajo la lluvia en su terraza, que hiciera las paces de nuevo con el cielo para que no murieran todos allí.

Un amanecer que, como siempre al despertarse, Nimia subió a darle los buenos días al cielo, se encontró de pie en medio de la azotea a un joven hermoso. Era alto y fuerte, y tenía la piel oscura y brillante de cuero bruñido. Su voz era profunda como el trueno, y sus ojos azulísimos estaban húmedos y llenos de estrellas. Nimia supo quién era él y que venía a por ella, y se dejó llevar cogida de la mano hasta sus habitaciones en la torre. Sus compañeros la oyeron reírse feliz cuando cuando su enamorado erizó el aire de la habitación levantando las pesadas cortinas como si fueran alas de paloma, e hizo surgir de la nada centellas que salían por las ventanas describiendo trayectorias caprichosas y asustando a las golondrinas. Así que se temieron lo peor y huyeron, abandonándola allí a su suerte.

El cortejo de la pareja se extendió a lo largo de tres eternos días en los que el clima en el valle fue más dulce que nunca, la luz más rosada y la lluvia más tibia y beneficiosa.

Cuando a la tercera noche finalmente Nimia accedió a los requiebros de su amante y se sumergió gozosa en sus brazos, su pretendiente lloró de felicidad una copiosa lluvia de estrellas fugaces que iluminaron la oscuridad de la habitación a modo de silenciosos y secretos fuegos artificiales. La tomó en sus brazos y la hizo su esposa en el lecho. La amó lo mejor que supo, ya que jamás había amado antes a una mujer, y su propio gozo le rebotó, barriendo la tierra con una explosión de bellísimas auroras multicolores. Nunca había sentido el cielo tanta dicha, y tan inmensa gratitud hacia quien se la proporcionaba.

Cuando se separó de Nimia y la miró con ternura, descubrió que ella yacía inerte, con una sonrisa congelada en los labios levemente azulados y los ojos dilatados de ambos amor y espanto. La muchacha había muerto, porque los mortales no pueden amar a los portentos porque sólo son eso, mortales, y su alma no puede dar cabida a un sentimiento tan grande, revienta y se les escapa del cuerpo. El cielo alzó sus brazos y aulló por su amada muerta, por la muerte de aquella que le había dado la mayor felicidad que había sentido en su vida eterna. No sabiendo qué hacer para consolarse, decidió desaparecer y llevó luto por ella durante tres largos días sin amanecer.

Al terror de los pobladores ante la prolongada oscuridad siguió la desesperanza, porque cuando volvió el azul, lo hizo sin consuelo. Sus lágrimas se derramaron incesantes durante cuarenta días y cuarenta noches e inundaron el mundo. Y, cuando por fin se le secaron los ojos, nunca más volvió el cielo a hablar con los hombres para no recordar su pérdida.

Así quedó el cielo desconsolado para siempre, la tierra a la merced de su humor cotidiano e ingobernable, y la torre abandonada por los vivos y habitada sólo por el espíritu de Nimia que, desde lo

*Nimia* 

más alto, le sigue llamando sin voz y sin esperanza agitando con sus largos brazos delgados las nubes.

FIN

